



Francisco José García Pérez, Juan Rodríguez Coronel. *Un predicador jesuita en la Corte de Carlos II*. Madrid. Editorial Sindéresis, 2019. 243 pp. ISBN: 978-8416262861.

Karen María Vilacoba Ramos

Universidad Nacional de Educación a Distancia.

kvilacoba@der.uned.es

ORCID ID: <https://0000-0001-7545-2720>

Los estudios sobre la Iglesia, y en concreto sobre las órdenes religiosas en la Edad Moderna gozan de una muy buena acogida en el mundo académico. Las comunidades religiosas, tanto femeninas como masculinas, han protagonizado numerosas investigaciones. En este contexto, la Compañía de Jesús es, seguramente, la orden religiosa mejor estudiada en los siglos modernos. Así, las imbricaciones políticas de la Compañía durante el siglo XVII han despertado el interés de los modernistas.

La obra de García Pérez debemos situarla en este marco cronológico, donde nos sitúa a la figura del predicador real de Carlos II, el jesuita Juan Rodríguez Coronel (1618-1700). No es la *opera prima* del autor, pues ha realizado con anterioridad fructíferos estudios dentro del campo de la oratoria sagrada, a través de las figuras de los predicadores reales, tanto de Don Juan José de Austria (Obradoiro de Historia moderna, 2017), como de Carlos II (Archivo Ibero-Americano, 2015 e Hispania Sacra, 2019).

El presente libro es el resultado del buen manejo por parte del autor, de una ingente documentación, que le ha llevado a investigar en más de ocho archivos históricos. El reinado del Hechizado, a priori, se nos puede presentar como un período oscuro y continuista del de su padre Felipe IV en cuanto a predicación real se refiere. Esta idea es rápidamente desechada en las primeras páginas de la obra de García Pérez. El propio autor señala que a través de los estudios de algunos predicadores reales (Alvarez-Ossorio Alavariño, *Criticón*, 2004) se ha podido poner rostro a las voces que en la Real Capilla se escuchaban en el reinado del último Austria.

La figura del orador aúlico, Rodríguez Coronel, representa, como así lo señala García Pérez, el papel de perfecto predicador. Su oratoria cargada de emotividad y nitidez a través de los pasajes bíblicos que decoraban su discurso hizo, como apunta el autor, que Mariana de Austria se sintiera fascinada por la elocuencia del religioso.

A través de la figura del jesuita el autor se propone desentrañar un reinado de claroscuros que distorsionan la realidad del gobierno de Carlos II. Con este objetivo el libro se articula en seis capítulos, a través del recorrido vital del predicador jesuita.

En el primer capítulo, “El camino hacia el púlpito regio”, el autor nos sitúa en el contexto de la oratoria Sagrada del seiscientos. El mundo de la Real Capilla, donde se situará en un futuro nuestro predicador, lo describe el autor a través de las figuras de los más relevantes predicadores. Pero el camino es largo hasta el brillante destino, y así lo refleja García Pérez, reflejando el *cursus honorum* del religioso, desde su nacimiento a su formación en el seno de la Compañía. Los sermones a la Inmaculada Concepción fueron en palabras del autor, “la forja de nuestro predicador”. Hemos de recordar, que ya desde el reinado de Felipe IV, se había creado una Real Junta de la Inmaculada para la definición del dogma, en la que los franciscanos tuvieron un protagonismo sin igual. Los jesuitas siguieron esta estela enfrentándose a los dominicos, y por supuesto, corriendo el riesgo de llamar la atención del Santo Oficio.

La intencionalidad en los sermones de Rodríguez Coronel le hacía utilizar la figura de la Virgen y sus virtudes para comparar a Margarita de Austria, su protectora. De igual manera, su amplio conocimiento de las Sagradas Escrituras le servía como medio para cuestionar a personajes de la Corte por medio de figuras veterotestamentarias. El sermón se había convertido en denuncia desde época de Felipe III, pero Rodríguez

Coronel utilizaba su arma con la pedagogía jesuita, es decir, un sermón de continuas reflexiones y que huía del tan manoseado catastrofismo.

El segundo capítulo titulado “En el banco de los predicadores reales” sitúa a nuestro predicador en sus inicios en la Real Capilla. En los primeros años de regencia de Mariana de Austria eran los predicadores de Felipe IV quienes ocupaban el púlpito. Bien es verdad, que en ese momento la reina tenía como confesor a Nithard, por lo que ayudó a consolidar si cabe aún más el influjo que la Compañía venía teniendo en los ambientes cortesanos.

Por fin en 1667 logra predicar ante un joven Carlos II. Las palabras del jesuita gustaron sobremanera a la reina madre, con lo que se iba asegurando un brillante futuro. La fórmula que empleó el jesuita, como refiere García Pérez, fue ensalzar a la regente y tratar de convertir a Carlos II en un rey modélico. Sus denuncias se comenzaron a escuchar, y su objetivo era la “avaricia de los ministros del rey”, pues veía en ello el peligro que suponía una confianza ciega en semejantes sujetos. Con el fin de consolidar la figura del monarca, elevaba su figura casi a la altura “del Altísimo”, donde ningún otro mortal podía situarse. Su fama comenzó a crecer, convirtiéndose en 1673 en uno de los predicadores más renombrados de la Corte.

En el tercer capítulo “El vuelo de Ícaro”, el autor nos sitúa en la mayoría de edad de Carlos II. El predicador redobló sus esfuerzos para convertir, como hemos señalado con anterioridad, a Carlos II en un rey modélico. Pero no por ello la Compañía consideraba que la figura de la reina madre debía desaparecer. Como muy bien señala García Pérez, la Orden jesuita tenía una deuda con doña Mariana, pues le había patrocinado en diversos ámbitos.

Los sermones de Rodríguez Coronel se convirtieron en el mejor aliado de la reina madre, que cada vez estaba en una situación más compleja, y que nada pudo hacer ante una conspiración que avanzaba dentro de los muros de palacio. La volubilidad de Carlos II hicieron el resto, y la reina madre temía la llegada de don Juan José de Austria. En este momento el título del capítulo es el reflejo de la situación del jesuita, pues como Icaro podía quemarse por un vuelo tan ambicioso.

En el cuarto capítulo “Bajo el yugo del príncipe” el autor nos presenta un complejo escenario. Corre el mes de enero de 1677, y don Juan José se ha reunido con el monarca en el palacio del Buen Retiro. La llegada de don Juan José suponía la partida de doña Mariana, y los sermones de Rodríguez Coronel aumentaban de tono en contra de don Juan. La Compañía veía apagarse su estrella, y en el mes de abril de 1677 sus predicadores en la Real Capilla recibieron la noticia de su destierro de Madrid. Rodríguez Coronel es trasladado al Colegio de la Compañía en Navalcarnero, no obstante, parece ser que se le perdonó el destierro al año siguiente, en 1678 a tenor de los sermones impresos de ese año y que habían sido predicados en palacio. El fallecimiento de don Juan propició la vuelta de doña Mariana y, por ende, el protagonismo de Rodríguez Coronel en la Real Capilla.

En el quinto capítulo “El predicador de la reina madre” el autor nos sitúa en la nueva realidad palaciega, a través de las figuras de dos mujeres: doña Mariana, y la llegada de la esposa de Carlos II, la futura reina María Luisa. En el primer año de matrimonio se vio que el rey estaba realmente enamorado de su joven esposa, lo que se tradujo en que todas las miradas se centraran en la reina. La fascinación que produjo la joven se hizo notar en las palabras que adornaban los sermones de algunos predicadores. No todos sucumbieron ante los encantos de María Luisa de Orleans, entre ellos, Rodríguez Coronel, quien amonestaba en sus intervenciones en la Real Capilla a todos aquellos que se dejaban fascinar por la belleza superficial.

Los monarcas cayeron en una vida de lujo, que las manguantes arcas del Estado apenas podían mantener. Rodríguez Coronel utiliza esta vez la figura de los reyes de Babilonia para denunciar tales despilfarros. La llegada del duque de Medinaceli cambió el escenario, pues su ascendencia sobre Carlos II era cada día mayor. Los sermones del jesuita se hicieron eco de esta realidad, que por supuesto, no dudó en denunciar. Temía, y no sin razón, que Medinaceli se convirtiera en una influencia negativa, como lo habían sido los validos en los reinados anteriores. En este tiempo, la imagen de doña Mariana se presenta en los sermones de Rodríguez Coronel como la de una mujer virtuosa, muy alejada de la imagen de regente. Mariana de Austria se convierte en este momento en la imagen de la pureza y de celo religioso.

El sexto y último capítulo “Decano de los predicadores del rey” nos sitúa en un complejo escenario internacional. La salud del monarca comienza a resentirse, y 1683 se convierte en un año aciago en la vida de Carlos II. El Duque de Medinaceli continuaba en palacio, pero las intrigas cortesanas eran cada vez mayores. El predicador no duda en aconsejar al cansado monarca y avisarle de los peligros internos y externos. Es en este momento donde la figura de la reina renace como mujer piadosa en los sermones del jesuita,

Francisco José García Pérez, Juan Rodríguez Coronel. Un predicador jesuita en la Corte de Carlos II. Madrid. Editorial Sínderesis, 2019. 243 pp. ISBN: 978-8416262861.

Karen María Vilacoba Ramos

cuyos rezos ayudan al futuro de la monarquía. El fallecimiento de María Luisa facilitó la entrada en el tablero de ajedrez de Mariana de Neoburgo, quien en el verano de 1689 emprendió su viaje hacia Madrid.

La situación en la Corte con la llegada de la nueva reina se hizo más compleja, en buena medida por el carácter de Mariana de Neoburgo, propenso a ataques de furia. La muerte de la reina madre en 1696 supuso un duro golpe para Rodríguez Coronel. Anciano siguió predicando, y falleció al inicio de un nuevo siglo, en el año 1700.

Los sesenta sermones que se conservan de Rodríguez Coronel, desde sus inicios en la Corte en el año 1667, han sido la base de los capítulos que vertebran el libro. García Pérez por medio de estos perfila y dibuja el reinado de Carlos II, con sus intrigas, sus redes clientelares, su inestabilidad política. De igual forma, a través de ellos, presenta la evolución en la predicación del jesuita. Sus primeros pasos en la Real Capilla denotan un claro intervencionismo para pasar a una etapa de reflexión e introspección con el fin de llegar a la conciencia del monarca, y convertir a Carlos II en el paradigma del rey modélico.

La obra de Francisco José García Pérez, rigurosa y amena, se hace indispensable para los estudiosos del reinado de Carlos, y gratificante para todo lector curioso.